

24 de octubre de 1913

O. Complotas, tomo VIII 3

SOBRE LA CONTINUIDAD HISTORICA

(Para LA NACION)

SALAMANCA, septiembre de 1913.

Os dije que quería comentáramos—¿no colabora siempre el lector con el escritor?—algo de lo que Gabriel Hanotaux nos dice respecto a la historia y los historiadores en el artículo que publica en el número del 15 de este mes de septiembre, de la «Revue des Deux Mondes».

Y conviene tanto más que lo comentemos cuanto que—lo he dicho ya varias veces y no me cansaré de repetirlo—lo mejor de la producción literaria argentina, y sudamericana en general, son los trabajos históricos. No sé de ninguno de los novelistas o de los poetas argentinos que esté a la altura de sus historiadores. Y la obra suprema que hasta hoy ha producido el ingenio argentino en el orden literario, por lo menos para mi gusto, que es el «Facundo» de Sarmiento, una obra histórica es. Hasta qué punto fiel a la verdad e imparcial es cosa que ahora no me importa. No cuido el valor espiritual y educativo de una obra histórica por su mayor o menor exactitud aparente. Y vamos a lo de Hanotaux.

El cual empieza su trabajo así:

«Voltaire dice muy sencilla y justamente: «Los primeros fundamentos de toda historia son los relatos de los padres a los hijos, transmitidos de una generación a otra.» La historia, en efecto, es el sentimiento de la continuidad en el cuerpo social, lo mismo que la vida es el sentimiento de la continuidad en el organismo individual. El hombre no existe sino porque tiene conciencia de su existencia, y esta conciencia está en él, porque acordándose constantemente de haber sido «antes», concluye que permanecerá él mismo «después»: Me acuerdo, luego soy, Y lo mismo la Humanidad».

«La memoria es la facultad iniciadora de la inteligencia; ahora bien, siendo la Historia la memoria de las sociedades, cabe decir que es la facultad iniciadora de la civilización».

¿Cómo encarecer la impresión toda que me produjo ese: ¡me acuerdo, luego soy! a mí, que vivo de recuerdos; a mí, que tan viva y a las veces dolorosamente siento el problema de la continuidad de mi ser espiritual, problema que no es en el fondo otro que el de la inmortalidad del alma?

Lo traslado a un pueblo. Pueblo que no se cree inmortal, como tal pueblo, está perdido para el espíritu. Y aquí entra la historia.

Andan ahora por ahí unos pobres mentecatos ansiosos de meter bulla y que se llaman a sí mismos futuristas, abominando del pasado y de la historia. Cuando hace unos años, el cabecilla de ellos publicó un divertidísimo manifiesto en que decía que nada querían con los que pasaran de 30 años y que había que retirarlos de la liza, y añadía luego, entre otras cosas igualmente fantásticas, esto: «el tiempo y el espacio murieron ayer!» me remitió el di-

cho manifiesto pidiéndome, en una postal, que le diese mi opinión sobre él y me limité a contestarle esto: «Amigo M...; como hace más de 10 años que pasé de los 30 no estoy ya capacitado para juzgar su manifiesto. Me limito, pues, a darle las más rendidas gracias por la noticia, para mí gratísima, de la muerte del tiempo y del espacio, que con la lógica, son las tres potencias que más me molestan».

Porque la verdad, eso de no poder vivir ahora a la vez que el hoy, el ayer y el mañana, y no poder estar aquí y allí y allí a un tiempo, y no poder sacar de un principio las consecuencias que se me antojan, son tres cosas que me fastidian. Tengo hambre y sed de eternidad, de ubicuidad y de omnipotencia.

Me queda el recurso de buscar en el pasado el porvenir, en lo de aquí lo de fuera, y de resignarme al hado. Me he habituado a construir con mis recuerdos esperanzas, a pensar que el camino por recorrer no es sino continuación y proyección del camino recorrido, y que quien no tiene pasado, quien no tiene tradición, quien no tiene historia, por breves que sean, no tiene porvenir ni progreso. ¿Los jóvenes...? ¡Bah! A mis 25 años no tenía yo, ni con mucho, las esperanzas que tengo ahora, a mis 49. Mis esperanzas son mis hijos, los de carne y espíritu y los de espíritu y palabra.

¡Felices los pueblos que no tienen historia! se ha dicho más de una vez. Y fué Teodoro Roosevelt, el atolondrado, el en cierto respecto futurista, quien en el discurso que os recordaba el otro día dijo: «Es una baja mentira decir que es feliz la nación que no tiene historia. Tres veces feliz la que tiene una historia gloriosa».

En la obra que Mr. James Bryce, el conocido publicista autor de una obra clásica sobre los Estados Unidos, dedica a Sud América, y en el capítulo que de la Argentina trata, hablando de Buenos Aires, dice: «Hay que añadir que las estatuas que adornan estas plazas no tientan al transeunte a que se detenga en goce estético. Se acuerdo un demasiado de los guerreros ecuestres en bronce, tan numerosos en Washington. Las ciudades del mundo occidental, teniendo una historia corta, parecen apresurarse a la rememoración de héroes cuyos nombres, poco conocidos en otras naciones, serán pronto olvidados en la suya propia, mientras los viejos países, excepto Italia, parecen olvidarse de aquellos a quienes un extranjero occidental le gustaría ver que se les rinde reverencia».

Alguna vez, y en estas mismas columnas, he escrito algo sobre la estatomanía, y eso de los pueblos que andan buscando héroes para las estatuas con que quieren adornar sus plazas y jardines, en vez de esperar a que los héroes sean depurados por el tiempo y el recuerdo. Pero, francamente, entre los dos extremos que Mr. Bryce denuncia es preferible ése, el de Buenos Aires.

¿Y por qué ese anhelo de tener historia que parece animar a ese pueblo? Mil veces se ha dicho que no hay nada, en el fondo, con más pretensiones aristocráticas que las nuevas democracias, y, por mi parte, recuerdo haberle dicho a un ilustre argentino que me hablaba de cosas relacionadas con el patriciado y la plutocracia, que mucho de lo que él me denunciaba se





curaría creando condecoraciones y títulos nobiliarios. Así como creo que en muchas pequeñas ciudades, como ésta en que vivo, en que las pequeñas vanidades fácilmente florecen, es muy conveniente crear un batallón de bomberos voluntarios y nombrar coronel, teniente coronel, comandante, etcétera, a los que más nos molestan con sus vanidades.

Pero no es el que apunto el motivo, me parece, de ese anhelo por tener historia; es otro. Es que la historia es el sentimiento de la continuidad del cuerpo social y en sociedades que crecen más que por crecimiento íntimo, orgánicamente, por adición de elementos adventicios, por afluencia, mecánicamente, la necesidad espiritual de la historia tiene que dejarse sentir más. En un país que recibe fuertes corrientes emigratorias el sentido de la continuidad del cuerpo social, tanto en espacio como en tiempo, tiene que sufrir no poco. Donde no hay historia no hay propiamente patria.

«Ubi bene, ibi patria», dice un viejo adagio latino: donde se está bien, allí está la patria. ¿Pero dónde se está bien? Una vez donde tiene más pasto y más rico; algunos hombres donde ganan más plata. Pero hay quienes no se encuentran bien sino allí donde un ámbito rico en sugerencias y en recuerdos históricos los habla de la inmortalidad del alma humana. Del alma colectiva de la humanidad, por lo menos.

res

No, no se puede decir que tienen más porvenir los pueblos que tienen menos pasado. ¿Qué porvenir? ¿Qué quiere decir eso de porvenir? Porque así como hay un pasado vacío, hay un porvenir vacío también, un vacío de porvenir.

Cuando alguien que ni conoce a España ni me conoce a mí me escribe pretendiendo halagarme que yo pertenezco a la nueva España, a la España del porvenir, le contesto siempre: No, no señor; yo soy de España, pero no de la de ayer ni de la de mañana, sino de la de hoy, de la del hoy perpetuo, de la de siempre. Y no se me ocurre renegar de la España de mis abuelos. Si éstos, si nuestros abuelos pecaron, tal vez de sus pecados estamos sacando nuestras virtudes. Y si alguna vez los vencieron, es el ser vencido a las veces mucho más glorioso que vencer. La más grande victoria de Don Quijote fué su aparente derrota final.

Cada cual es hijo de sus obras, se suele decir, siguiendo a Cervantes. No, cada cual es hijo de sus padres, quéralo o no; cada cual es hijo de su pasado. Y de sus obras, claro está, en cuanto son su pasado. Es más exacto acaso aquello de que «the child is father of the man», el niño es padre del hombre. Y agregaremos lo del poeta Wordsworth: «¡Ojalá mis días se ligaran unos a otros por natural piedad!»

El sentimiento de personalidad en el hombre individual depende ante todo y sobre todo del de continuidad. Yo me siento ser yo y no otro, porque me siento ser el mismo que hace 39 años fué testigo del bombardeo de su pueblo natal, recuerdo que sirve como de cimiento a casi todas las sucesivas experiencias. Y esto a pesar de los cambios que hayan podido apartarme las vicisitudes de mi vida y entre ellas el cambio de residencia. Y así sucede con los pueblos.

W

mis

La idea de que morimos a cada momento para renacer en el momento mismo procede de la concepción aritmética, discreta, de la línea. La verdadera noción de continuidad, la que da el cálculo infinitesimal, rectifica eso. Y esto se aplica a la historia. Mr. J. Bryce en su libro sobre Sud América dice hablando de los argentinos—y ya veis que no oculto mis intenciones—que han dejado de ser españoles sin llegar a ser algo nuevo y propio. Bien, pero es que nosotros, los españoles de España, ¿no estamos dejando de ser para volver a ser? Y una raza, toda raza, es siempre algo «in fieri», en perpetua formación. Como lo es una lengua.

Y no quiero dejar de notar de paso otra apreciación de Mr. Bryce referente a la lengua. Es decir, de Mr. Bryce no, pues no le creo en aptitud de apreciar por sí lo que dice, sino de algún informante suyo. Hablando de que la masa de la población de Buenos Aires es o enteramente española o italiana de lengua, y que siendo ambos idiomas tan semejantes los italianos aprenden fácilmente el español modificándolo con sus propias palabras y modismos, añade: el resultado es un español mixto, si no corrupto. Sí; conozco algo de ese español hablado por emigrantes italianos, pero lo que puedo asegurar es que en cuanto conozco de literatura argentina de toda clase, incluyendo la epistolar privada—y no es poco—no se nota en el español escrito y hablado por los argentinos nativos ni rastro apenas de influencia italiana. Mucha mayor la había en el castellano clásico del siglo XVII, tan italianizado en muchos de nuestros escritores. Y es que en la lengua los emigrantes influyen mucho menos que las literaturas. El español escrito en la argentina tiene más de afrancesado que de italianizado. Pero lo mismo le pasa al español escrito en España hoy en día.

Otra idea quiere sacar del artículo de Hanotaux y es cuando dice que «el peso de la historia pesa sobre la humanidad presente y futura y le ha trazado, de alemán, su línea de conducta: el deber. Deber quiere decir derecho. Llenando el deber no se hace sino pagar lo que se debe. Es del equilibrio de todos los deberes de lo que se hace el derecho. Pero esta cuenta, esta balanza de las deudas, puesto que vienen del pasado, no puede establecerse sino por la historia.» Al leer esto me acordé de lo que respecto a nosotros los españoles y a nuestro porvenir así dijo en su famoso discurso de la bandera el gran Sarmiento, aquel Sarmiento a quien de tal modo deformó el bilioso Villergas que los más de los españoles establecidos ahí—lo sé bien—no logran verle sino al través de aquella deformación, aquel Sarmiento que nos decía de España ni más ni menos de lo que decían entonces aquí de ella—tuvieran o no razón—los más de los españoles cultos, europeizantes también al modo de Sarmiento.

Pero veo que voy alejándome de mi tema inicial. ¿Y qué más da? ¿No es acaso continuo este artículo? ¿Y no es la continuidad algo íntimo? Y ahora, un salto.





Cádiz es una de las más antiguas ciudades españolas; acaso la más antigua. Y sin embargo, Cádiz es una de las ciudades en que menos antigüedades puede en España ver un curioso viajero; mejor será decir que no puede ver ninguna. ¿A qué se debe esto? A que siendo Cádiz casi una isla, y no muy grande, la ciudad no ha podido ensancharse ni ha sido posible reformarla sino destruyendo lo antiguo. Si aun quedan en ella restos fenicios, romanos, góticos o arábigos será en cimientos. ¿Vamos a decir por eso que Cádiz no conserva nada de antiguo español? Leed el libro de D. Federico Rubio—este admirable escritor, mucho menos conocido todavía de lo que merece serlo—sobre «La mujer gaditana» y decid luego si el alma gaditana no huele a largo abo-
lengo.

Para conocer que un vino es añejo, muy añejo, no es menester presentarlo a la mesa en una botella sobre cuyo tapón se hayan formado a modo de estalacmitas, viejas incrustaciones. Y cuando hayáis leído el libro de D. Federico Rubio, releed aquellos deliciosos «Recuerdos de provincia» de Sarmiento. En este libro tejido con recuerdos, con los más dulces y más fuertes, con los benditos recuerdos de la infancia, en este libro sí que se siente palpitar el sentimiento de la continuidad social! Ahora, es natural, aquel Villergas, que aunque hacía versos nada tenía de poeta, no estaba capacitado para sentir esa poesía de la continuidad, y como era un burlón casi profesional, no era sensible sino a la burla. Y leed también las páginas que el gran poeta uruguayo Zorrilla de San Martín dedica en su libro «Resonancias del camino» al valle de Soba.

MIGUEL DE UNAMUNO.

